

OCULTO SENTIDO

I

Oír lo que ya escucharon.
Mirar lo que otros han visto.
Aspirar el mismo aroma.
Gustar iguales caminos.
Tocar peregrinos errores.

Siempre. Siempre. Sin alivio.

Monótona cantinela
la vida, con sus sentidos.

II

Para ser un hombre más
atado al número cinco
—cinco esclavos de la carne—,
poco importa haber nacido.

III

Encierro dentro de mí
un fiel, secreto sentido.

Cinco veces me libera
de cinco carnales grillos,
y me levanta hasta Dios
si más y más me limito,
y me entrega el mundo, virgen,
de todo pecado limpio.

Es el amor:

¡La intuición del infinito!

FERNANDO BRAVO y BRAVO

De Rivera a Picasso, pasando por Dos Bienales

Mundo *Hispánico*, la magnífica revista de habla castellana, deplora en uno de sus últimos números que el pintor comunista mejicano Diego Rivera—mano mágica gobernada por un cerebro lamentable—haya representado en uno de sus frescos a Hernán Cortés bajo el aspecto aproximado de un gorila. El encono del pincel no se detuvo ahí, pues los soldados españoles que rodean a su capitán en la composición mural llevan todos en sus fisonomías el estigma de lo patibulario. Se ve bien que la descomunal proeza, no vista hasta entonces sino en los libros de Caballería, de Cortés y su gente y de la cual procede, por línea recta de varón, esa gran nación que es el Méjico actual, no es para ese desventurado artista sino la fechoría de un grupo de bandoleros al mando de un cretino.

Hasta el presente, hasta los más conspicuos masticadores de la Leyenda Negra, describían físicamente al conquistador extremeño como en realidad fué. Aún anegándole en el cieno folletinesco de sus diatribas, no se atrevían a desvirtuar su arrogancia de joven dios de la guerra. Ha tenido que ser un artista de nombre español quien quebrantara esta costumbre con una innovación tan ridícula como estéril. El pintor azteca sabe muy bien—o en su mano está el saberlo—que Extremadura y España, a quienes ha pretendido insultar con su engendro, están tan por encima de su mezquino intento como el cielo lo está sobre el insensato que pretende escupir en él. Costumbre era de los pintores del Renacimiento representarse en sus cuadros, bajo la figura de alguno de sus personajes. Rivera no ha hecho sino imitar a aquellos dibujando bajo el rostro de Cortés su propio autorretrato moral.

Este no es el primer caso, ni será el último de que un pintor convierta su arte en baratija de feria política. Sin embargo, a nosotros que compartimos como se ve la justa indignación de aquella gran revista, se nos ocurre esta pregunta. ¿Es el artista mejicano enteramente responsable de su estafalaria figuración? En el mismo número de *Mundo Hispánico* y en otros números y en otras revistas y en muchísimos salones ¿no estamos cansados de ver representaciones de objetos no menos absurdas y que, bajo artículo de fe, estamos obligados a admitir?

Si, según los cánones estéticos hoy en boga, una artesa llena al parecer de bacalao a la vizcaína puede significar pictóricamente un paisaje, un taller de modistas antes de ser barrido ha de interpretarse como «Nocturno» y una corbata manchada de café es una «Abstracción», ¿por qué, pues, un gorila no puede representar a Hernán Cortés? Nos hallamos en el período ultrasubjetivo del arte. Palencia, Zabaleta o Miró nos explicarán que ellos *ven* así sus paisajes, sus nocturnos y abstracciones. Rivera jurará que él tiene aquella vi-